

EL CONCURSO, por Elintemporal

El folio con la máquina de escribir en blanco y negro ocupaba el centro de una pared de ladrillos. Era mediodía, y los autobuses estacionados formaban una larga fila sin huecos. Al mío le faltaban dos o tres minutos para salir, pero como el chófer todavía no había vuelto me acerqué intrigado. Se trataba, como era de esperar, de un concurso de cuentos. Casi todas las bases eran las mismas de siempre: narraciones inéditas, uso de seudónimo, etc. Las únicas distintas se referían al asunto, que debía girar en torno al autobús metropolitano, y a la extensión, fijada en no más de quinientas palabras. Dejé de leer a la mitad, convencido de que participaría. Tanteé dentro del bolsillo procurando reunir el importe exacto; atinar me costó bastante: los engranajes del cuento ya estaban en marcha.

Me senté en cualquier parte que no recuerdo, junto a la ventana. Saqué el portátil. Mientras dejábamos atrás Plaza de Armas deseché un argumento manido. Mi parada era la última, así que disponía de tiempo de sobra para relatar algo que mereciera la pena. De pronto se me ocurrió otro argumento. Lo pulí, tracé mentalmente su estructura. Después, sin perder un segundo, empecé a teclear. Era extasiante hilvanar las secuencias de una realidad imaginada, ayudado por los auténticos estimulantes creativos de viajar en autobús: el traqueteo leve, el saberse cómodamente aislado de un exterior del que sólo nos separa un cristal. En este sentido, la sucesión de paisajes diferentes, que suele captar la atención de los pasajeros, durante aquel trayecto ni siquiera me distrajo. Releí unas cuantas veces lo que llevaba escrito, casi una página. La imagen de los renglones superpuestos incitaba a concentrarse en ella. Siempre teniendo en cuenta que cada palabra más era

una palabra menos, enlacé una serie de oraciones simples que conducían al personaje a un límite determinado.

Ya había creado un planteamiento y un nudo. Sólo me faltaba el desenlace. Sin embargo, en ese momento el chófer gritó *última parada*. Me bajé dudando entre un final cerrado y uno abierto. Entonces enderecé la vista: una cuesta que desconocía estiraba un silencio absoluto. A mi derecha, el autobús se alejaba bamboleante levantando una nube de polvo, exhibiendo en una esquina superior un número de tres cifras que no me sugería ningún pueblo. Miré en todas direcciones y me sentí perdido, estúpido, lunático. Pero tenía un cuento mejor y la ilusión repentina de que el viaje de vuelta no había terminado.